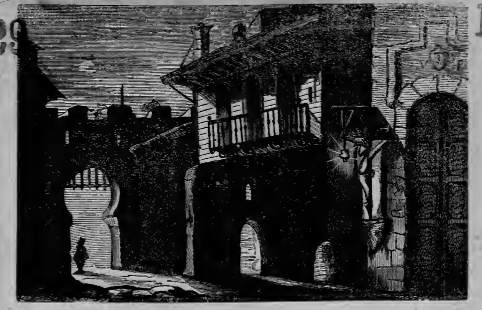


El Cristo del Socorro.

(ROMANCE TRADICIONAL.)

I

Duerme Toledo en la cumbre
de su gigante montaña,
cual águila soñolienta
que en blando nido descansa.
La luna esparce sus rayos
sobre las toscas fachadas;
las misteriosas molduras
proyectan sombras fantásticas.
Y tanto al sueño convidan
la soledad y la calma,
que hasta del Tajo se mueven
con más pereza las aguas.
Junto á una plaza espaciosa,
desafiando al Alcázar,
blancos adornos descubre
de un edificio la entrada.
Mansion de un noble es sin duda
por su sévera arrogancia,
por sus hermosos calados,
por su riqueza y sus armas.
Tras de una reja, una niña
con espresion delicada
al cielo mira, que el cielo
es norte de su esperanza.
Dicen que un jóven la adora,
que todas las noches se hablan,
que allí se truecan sus cuitas
en ilusiones gallardas.
Pero que son sus amores
bálsamo dulce que mata,
pues, si un Mendoza la quiere,
un Carbajal le rechaza.
Del tronco de la nobleza
rivales son las dos ramas,

y todo un Dios es preciso
para que venga á enlazarlas.

....

Ya son las doce, y ya ansiosa
con impaciencia le aguarda,
y ya tambien á lo lejos
se ve una sombra que avanza.
Un embozado se acerca,
junto á la reja se pára,
y en diálogo cariñoso
sus corazones enlazan.
—¡Mendoza!
—¡Elvira! ¡Angel mio!
¡Sol que en la tierra descansas!
Deja que mire en tus ojos
el fuego con que los bañas.
—Mucho el galan está no. he
se descuidó, y amor manda
que, quien bien quiera, no tarda;
y, quien bien quiere, no tarda.
Y un triste presentimiento.....
—¿Presentimientos?
—Es tanta
mi desventura, que á veces
en sueños mil me acompaña.
Oyeme y juzga: Ayer noche
á solas con mi esperanza,
soñé que estaba á tu lado,
que contemplándote estaba.
Despues de breves momentos
nos separamos; las auras,
de tierno amor portadoras,
nuestros suspiros cambiaban.
Cruzaste la calle; luego
se oscureció mi mirada;
del hondo abismo se alzaron
dos sombras, ó dos fantasmas;
A tí sus brazos tendian,
quise llamarte, y estática,
sentí una mano de hierro,
miré en tu pecho una daga.
Lo que despues ocurriera
ya no lo sé; con el alba
se despertaron mis ojos,
¡sola en mi estancia me hallaba!
—¿Y un sueño infunde temores?
—Un sueño no infunde nada;
mas si ese sueño algun dia
á realizarse llegara.....
—¿Qué dices?
...que yo no
perderte nunca, y con ánsia
maldigo tu amor y el mio,
si de perderte son causa.
—Descuida, mi bien, descuida,
que quien de noble se jacta
ni á espectros teme, ni nadie
le puede robar su dama.
Desecha esas inquietudes;
tus negros dolores calma,
y entre sonrisas y halagos
tus alegrías renazcan.
Dos elocuentes suspiros
siguieron á estas palabras;
los intranquilos pesares
plegaron al fin sus alas.
Y en éxtasis delicioso
quizás la noche girara,
á no escucharse de un timbre
dos notas acompasadas.
Dieron las dos, y sonaron
en el reloj de sus almas
como el quejido de un sueño,
que sus encantos apaga.
Que ya de partir es hora
lo dicen bien sus miradas;
que mueren dos ilusiones
mejor lo dicen dos lágrimas.
Y tras de dulces promesas;
tras de promesas lloradas,
en sus adioses postreros
eterno amor se consagran.
Y al poco rato la calle
volvió á quedar solitaria;
mientras Mendoza se aleja,
Elvira reza en su estancia.

II

Guarda Toledo una calle
en cuyo triste sendero
con blandos sones se marcan
del Tajo fiel los acentos.
Allá en el fondo sombrío
se mira un arco arabesco;
arco, que enlaza arrogante
dos edificios modestos.
El uno guarda empotrado
un crucifijo; á un estremo

pende un farol; tosca piedra
debajo sirve de asiento.

Junto á una esquina, en voz baja
discurren dos encubiertos:
oigámosles, que sus labios
harán traicion á sus pechos.

—¿Con que esta calle es el sitio
mas conveniente?
—En efecto.
—¿Y no pudiera esta noche
tomar un rumbo diverso?
—¿Por qué causa?
—Porque dicen
que Dios protege á los buenos;
y francamente, esa imágen
pudiera bien protegerlo.
—¡Trabajo la mando!
—El caso
es que otro Cristo en Toledo,
de un juramento testigo,
atestiguó el juramento.
—¡Cuentos de viejas!
—Pues yo
ni lo afirmo, ni lo niego;
mas corre de boca en boca
de hidalgos y de plebeyos.
—¡Vanos escrúpulos! sabes
que se nos paga á buen precio.
—Eso sí.
—Pues lo que importa
es un buen golpe, y *laus Deo.*
Y si despues nos descubren
habiendo, quien hay, por medio
al conservar su cabeza
las nuestras no corren riesgo.
—Y el amo ¿por qué motivo
quiere tan mal al mancebo?
—Por los amores.
—¿Amores?
Si fuera un rival, comprendo;
pero un.....
—¡Silencio!
—Me callo.
—Cautela, cautela, Pedro,
que á veces oyen las tapias,
y no es prudente hablar recio.

Torna la calma á sus lábios,
y en aparente sosiego,
á cuantas dudas conciben
responden sus pensamientos.

La luna, en tanto, resbala
por el azul de los cielos;
¡ojo de Dios, que en la noche
vela del mundo los sueños!

El ruido de unas pisadas
suena de pronto, á sus ecos
se alzan en pié y vacilantes
preparan mortal acero.

Del corazon los latidos
ahogar prentenden soberbios;
ignoran que es la conciencia
que está punzándoles dentro.

Más cerca se oyen los pasos,
más cerca aun; aun más ciertos;
ambos se miran y en ambos
se ven miradas de fuego.

—«¿Quién vá?» con fuerza prorumpen
dos voces á un mismo tiempo.
—«Quien libre el paso ambiciona,»
contesta una voz de hierro.

Y sin dejar que siguiera
quien habla con tal imperio,
sobre él se arrojan ansiosos
poniendo á sus labios freno.

En vano resiste; en vano
quiere luchar cuerpo á cuerpo,
para vencer á traidores
el más valiente es pequeño.

En torno mira, y no hallando
quien le proteja sincero,
en Dios su esperanza pone;
«¡Socorro!» grita cediendo,

Y al caer en tierra abrumado
de sus contrarios al peso,
tras de la piedra se oculta
lanzando el último esfuerzo.

Allí se agitan dos dagas;
allí envenena el aliento;
¡quién sabe si entre las sombras
le está el Señor protegiendo!

III

Hermosas galas descubren
doquier se vuelven los ojos;
de Carbajal el palacio
semeja un mundo ilusorio.

Vénse galanes sin cuento
de cien bellezas en torno,

y en medio á todos, Elvira
junto á su jóven esposo.
Nunca más lujo ostentara;
nunca más bellos adornos;
nunca más gracia en sus sienes
ni más ventura en su rostro.
Los que á la fiesta concurren,
con entusiasmo y asombro,
de un crucifijo un milagro
comentan de varios modos.
Muchos hallaron señales
en una piedra, y atónitos
afirman que los aceros
hundieron allí su enojo.
«Sí, el desposado les dice,
»sin fuerzas ya, en mi abandono....
»de aquella efigie al amparo
»dejé mi cuerpo afanoso.
»Y solo en mis desventuras;
»con miserables tan solo,
»traidoras diestras ví alzarse
»de la impaciencia en el colmo.
»Toda la sangre á mi frente
»sentí agolparse de pronto;
»mi vista al punto nublóse;
»despues faltóme el apoyo;
»Y en tierra ya, cuando quise
»rendirme cuenta á mí propio,
»á no encontrarme en el suelo
»juzgáralo un sueño todo.
»Que el cielo á entrambos perdone
»igual que yo les perdono,
»hoy que al placer me convidan
»los brazos del bien que adoro.
»Mendozas y Carbajales
»guardaban profundos ódios;
»mas mueren al enlazarse
»dos ramas de un mismo tronco.
»De rodillas, caballeros,
»que indignos fueran mis votos,
»si antes de abrirse unos brazos
»no me encontrase con otros.
»¡Socorro! ¡Socorro! á gritos
»pedí en el trance angustioso.....
»Quien tiene fé al cielo acude.....
»¡Gloria al Cristo del Socorro!»
Todos se inclinan; el cielo
recibe el ruego de todos;
son lágrimas de ternura
las que desprenden los ojos.
Tambien Carbajal las vierte;
mas al rodar por su rostro
parecen, más que de dicha,
de algun tormento despojos.

A. B. y C.



DEPÓSITO CENTRAL,
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
Carretas, 9.

MADRID: 1872.
IMPRENTA DE JOSÉ NOGUERA Y CASTELLANOS,
Bordadores, 7.